

1993

Para la memoria de la investigación mexicana en Ciencias de la Comunicación. Una charla retrospectiva con Josep Rota

Fuentes-Navarro, Raúl; Rota, Josep

Fuentes-Navarro, R. (1993). "Para la memoria de la investigación mexicana en Ciencias de la Comunicación. Una charla retrospectiva con Josep Rota". Umbral XXI, núm.12. México: Universidad Iberoamericana.

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/2902>

Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia:
<http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-2.5-MX.pdf>

(El documento empieza en la siguiente página)

Para la memoria de la investigación mexicana en ciencias de la comunicación

Una charla retrospectiva con Josep Rota

• Raúl Fuentes Navarro*

Josep Rota es profesor en la Escuela de Telecomunicaciones y director del Centro de Estudios sobre Comunicación y Desarrollo de la Universidad de Ohio. En marzo de 1993 dirigió un seminario sobre métodos de investigación de la comunicación en el Departamento de Comunicación de la Universidad Iberoamericana; su presencia en México dio pie a una entrevista de investigación, no periodística, para el proyecto "Determinaciones socioculturales del campo académico de la comunicación en México". La presente versión de la charla, elaborada especialmente para Umbral XXI, y revisada por el entrevistado, revela el interés más amplio que puede tener su contenido, más allá de los propósitos originales.

Catalán de nacimiento, mexicano por naturalización y norteamericano por residencia,

Josep Rota estudió la licenciatura en Ciencias y Técnicas de la Información en la UIA de 1965 a 1969, y la maestría y el doctorado en Comunicación en la Michigan State University de 1970 a 1974. Como profesor de las universidades Iberoamericana (1974-75), Anáhuac (1975-80) y Nacional Autónoma de México (1981-83), impulsó de manera importante el surgimiento y la institucionalización de la investigación académica de la comunicación en México. A partir de 1983 continuó su carrera en la Universidad de Ohio, sin dejar de cultivar, no obstante, su contacto con el estudio de la comunicación en México y América Latina. Gracias al Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (Coneicc), entrevistado y entrevistador se conocen desde 1979.

COMENZANDO POR EL ORIGEN

Josep, comenzaría por referirme a una de las primeras intervenciones tuyas en el campo de la investigación de la comunicación en México, en un seminario que hubo en la Iberoamericana en 1974 sobre los medios masivos en México, ¿recuerdas? Hay una publicación, una memoria, donde hay un brevísimo diagnóstico tuyo que me

parece una síntesis excelente acerca de cuál era el estado de la investigación en ese entonces.

■ Sí, es sorprendente que todavía exista esa publicación. Fue la que entonces se llamaba *Association for Education in Journalism*, o AEJ, que ahora se llama *Association for Education in Journalism and Mass Communication*, y que está constituida por varias divisiones, una de las cuales es la de Comunicación Internacional. Esa división o ese grupo le habló a Jesús María Cortina, que entonces era el director del Departamento de Comunicación en la Universidad Iberoamericana —yo había estado en con-

* Coordinador de la Unidad Académica de Posgrado en Comunicación del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).

tacto con ellos y había conocido a algunos de los miembros de la división en Estados Unidos cuando hice mis estudios de posgrado— con la idea de celebrar una reunión sobre comunicación internacional en México. La Ibero aceptó fungir como sede y vinieron Richard Cole, Robert Stevenson, Ramona Rush, todas ellas personas que, o ya habían adquirido un nombre sólido o bien eran los jóvenes que estaban empezando y que años después se contarían entre los más prestigiados en el campo. En la reunión se presentaron diversas ponencias y fue posible hacer un análisis de la investigación en comunicación a nivel internacional y en particular de lo que México hacía y cómo se proyectaba esto y qué podían aprender de esa sesión los norteamericanos que habían venido. Aunque no diría que fue la primera. Yo creo que esa sería tal vez la segunda o tercera reunión a ese nivel.

Es la primera que yo tengo documentada...

■ Sí, documentada probablemente sea la primera, pero hubo por lo menos dos que conozco, anteriores, y ambas en los sesenta todavía. Una fue en el 68: Ramiro Samaniego, que trabajaba en el Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina (Ciespal), y que había hecho muchos trabajos de análisis de contenido continuando la obra de Paul Deutschmann, vino a México a brindar una combinación de conferencias y de cursos que se dieron en la UNAM y en la Ibero. Y aun cuando ésta no fue una reunión al estilo de la del 74, contribuyó a suscitar bastante la preocupación por la comunicación entendida más como una disciplina académico-científica inmersa en lo que serían las ciencias sociales, que como una capacitación profesional para trabajar en los medios. Creo que eso contribuyó en parte a que la Ibero y otras universidades empezaran a enfatizar más la importancia de la investigación.

Un acontecimiento que fue para mí un disparador de inquietudes fue la visita a México en el 68, o tal vez 69, de David Berlo, Everett Rogers y Paul Lazarsfeld. Y claro, Paul Lazarsfeld era el “papá” de todos los

sociólogos, comunicólogos y demás, Berlo era el director de la carrera de comunicación más importante que había en Estados Unidos en esa época, en Michigan State, y Rogers estaba también ahí; fueron invitados por Cortina a la Ibero a que dieran una charla a los estudiantes. La experiencia fue reveladora, porque guardaba poca relación con la práctica docente que había en todas las escuelas de México en esa época. En lugar de hablarnos de la práctica de la televisión o del radio, nos estaban hablando del proceso social de la comunicación, de ver a los medios como conjunto y del impacto que tenían en la sociedad. En fin, era otra visión, y tampoco dejó documentos, pero sí dejó, yo creo, una huella importante en muchas personas que a partir de ahí y de la presentación de Samaniego dijeron: tal vez sea el momento de empezar a reconceptualizar un poco la carrera de comunicación.

Ahí el papel central es de Jesús María Cortina...

■ Sí, claro. En los tres casos, porque la visita de Samaniego la supo aprovechar y porque él y Robert Irving, que entonces trabajaba en la Ibero como profesor, reconocieron lo que significaba el nombre de Berlo o de Rogers o de Lazarsfeld. Cortina también fue el que tomó la decisión de que hiciéramos ese seminario con la AEJ.

HACER ESCUELA DE INVESTIGACIÓN

Para entonces tú estabas regresando de Estados Unidos; existía el proyecto de formar un centro de investigación o algo más formal en la Ibero-americana?

■ Sí, cuando acabé el doctorado yo tenía una oferta de una universidad de California para ir a trabajar ahí. La consideré, pero sentí que tenía, si no otra cosa, una palabra dada, y la palabra era que en la medida en que la Ibero me había apoyado para conseguir la beca para ir a Michigan State, yo tenía que regresar, por lo menos cierto tiempo a México, y en particular a la Ibero, a pagar mi deuda, por decirlo así, trabajando.

¿Fuiste el primer egresado de comunicación doctorado en Estados Unidos?

■ Sí, aunque hubo antes tres personas que obtuvieron un doctorado, no en comunicación, sino en sociología rural en la Universidad de Wisconsin, y que trabajaban en Chapingo en el área de extensionismo agrícola. Su título realmente no era de comunicación sino de sociología rural y extensionismo agrícola, pero la cercanía al campo de la comunicación es incuestionable.

Y en aquel tiempo esa cercanía era mucho mayor.

■ Era mucho mayor, pues entonces una de las figuras centrales en la comunicación era Rogers, y el trabajo de Rogers, que fue uno de mis maestros en Michigan, era precisamente la difusión de innovaciones con énfasis en lo rural y lo agrícola. Este antecedente no quisiera ahora ignorarlo para decir que fui el primero en sentido absoluto, porque no sería cierto.

Pero ellos eran agrónomos... ¿pero qué tal entre quienes habían estudiado comunicación en licenciatura?

■ En ese sentido sí, fui la primera persona que hizo la licenciatura en comunicación o algo parecido en México y que luego fue a Estados Unidos a sacar un doctorado en un departamento de Comunicación. Después siguieron rápidamente Rubén Jara y Felipe Karzanny. Aun cuando Felipe no trabajó en México más que por una temporada, también era egresado de la Ibero.

¿Qué pasó con esa institucionalización de la investigación que llegaste a impulsar en la Iberoamericana?

■ Sí, qué pasó. Una de las cosas que se me hicieron muy atractivas de la Ibero, aparte de que yo sentía ese compromiso, fue que Cortina me dijo que regresara no nada más a dar clases, sino a apoyarlo para desarrollar la idea de investigación. Recuerdo que hablamos de la visita de Samaniego, de los comentarios que habían hecho Berlo y Lazarsfeld en aquella famosa visita, de lo que él estaba más o menos enterado que se

hacía en Estados Unidos, y de que quería establecer un taller, seminario o laboratorio de investigación de la comunicación. Pero lo que hizo que la investigación en la Ibero no empezara tan rápido como tal vez habría sido posible fue que, al mismo tiempo, acabando yo de llegar, estaba Cortina trabajando en modificar completamente la carrera, en parte porque la Iberoamericana había entrado en la departamentalización. Estuve muy involucrado en ese proceso y el trabajo consumió bastante energía.

Pero en el 74 pusimos un laboratorio. Yo había estado trabajando en respuestas visuales a estímulos cinematográficos y televisivos para analizar cosas como la violencia en televisión o la atención a mensajes. En un tipo de estudio que había estado haciendo allá con uno de mis profesores se utilizaba un aparato que se ponía en la cabeza de la persona que estaba en el laboratorio, y mediante el cual se le pasaban imágenes, a veces por fracciones de segundo o a veces de mayor duración, mientras permitía medir la posición de la pupila sobre el material visual y hacer un rastreo de la información para ver qué era lo que atraía la atención. Recuerdo que hicimos varios estudios, aunque varios de ellos no llegaron a ser más que prácticas de laboratorio o ejercicios de clase y nunca se publicaron.

Un método estrictamente experimental...

■ Totalmente. Ésa fue mi formación. Yo venía de una universidad que, junto con la de Wisconsin, era famosa por el estado avanzado que tenía en áreas de investigación cuantitativa, métodos experimentales, estadística, simulación por computadora y matemáticas aplicadas, y me tomó después cierto tiempo ir aprendiendo que, efectivamente, éstos son instrumentos sumamente importantes y poderosos, pero que requieren equilibrarse con visiones más humanísticas y más cualitativas. Poco a poco tuve que ir aprendiendo a desarrollar un complemento a esa parte, pero, claro, al llegar venía con el impacto de lo inmediato, y para mí esa posibilidad de aislar experimentalmente varia-

Por diversas razones todo coincidió y permitió hacer cosas como antes no se habían hecho. Fue una época en que se investigó mucho, se publicó mucho, se formaron muchos de los nuevos cuadros académicos que ahora son los profesores establecidos en numerosas universidades en el país...

bles y demostrar que ese estímulo en el campo visual es lo que está llamando la atención, era atractivo.

Hicimos esto, pero tal vez más importante que esto fue iniciar varios proyectos de investigación que dieron por resultado las tesis que me consta que tú has sistematizado y clasificado. Hubo varios proyectos que tenían que ver con la violencia en televisión, ya sin manejar esa cámara, pero sí totalmente experimentales. Hubo también algunos trabajos en procesamiento de información por parte de los niños, y otros que hicimos en la Ibero sobre uso de medios de comunicación, incluyendo una encuesta grande en la ciudad de México. También había estado trabajando bastante – y de todas las opciones fue tal vez la que resultó más problemática – en el área de difusión de información. Un estudio sobre el golpe de estado chileno creó muchas repercusiones en aquella época. Lo que sí fue estimulante es que en muy poco tiempo salieron bastantes investigaciones, bastantes tesis, muchos trabajos...

¿Tú dirías que también investigadores?

■ Muchos de los investigadores de una edad un poquito menor que la mía eran estudiantes en la época en que yo estuve en la Ibero, y ahora son profesores en la UAM, en la UNAM, en la Ibero, en muchos lugares. No creo que haya una persona que pudiera decir “esto se debe a mí”, ciertamente yo no, sería falso. Lo que ocurrió fue que se dio un momento particularmente rico en coincidencias. Por ejemplo, había muchos estudiantes motivados, interesados, preparados,

como probablemente después no ha vuelto a haber, al menos no en esa cantidad. Fueron estudiantes que comenzaron a prepararse en una época anterior a la excesiva politización que después afectó a casi todas las ciencias sociales, y a quienes se les había dado una preparación muy sólida en filosofía, en historia, en literatura, en metodología y en otras áreas. Tenían interés, y de ahí surgió una cantidad anormalmente alta de estudiantes, en proporción, en el lapso de dos, tres o cuatro generaciones.

UN ENTORNO FAVORABLE PARA INVESTIGAR

Igual fue en otros lados, y yo creo que esto coincide también, por ejemplo, con la apertura de la UAM, el cambio de plan de estudios de la UNAM de Periodismo a Ciencias de la Comunicación, la constitución del Coneicc, el crecimiento de la escuela de la Anáhuac, etcétera. Hay una serie de factores alrededor de 1976 que son importantes para el campo.

■ Tal vez empezarían un poco antes, yo diría que a partir del 72 o 73, para llegar a su culminación entre 74 y 77 o 78, no sé, tres o cuatro años claves. Pero también había otras fuerzas que ayudaron a todo esto. Una fue a nivel nacional: en el 74 a Echeverría se le ocurrió decir que la comunicación incomunica y otras declaraciones importantes; se empezó a hablar de si había que hacer políticas de comunicación en México, de legislar la comunicación; de repente el sistema político, al nivel más alto, le empezó a dar a la televisión y a la comunicación una importancia que no habían tenido. Y a nivel inter-

nacional también coincide con que, en 1972, se lanza el llamado por un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, y la comunicación se empieza a politizar en foros como la UNESCO y otros organismos internacionales. De hecho creo que eso fue lo que disparó el interés de Echeverría y compañía, pero todo coincidió: la atención internacional, la atención nacional, una generación o dos, tres, cuatro generaciones anormalmente bien preparadas con respecto al promedio anterior y posterior... Por diversas razones todo coincidió y permitió hacer cosas como antes no se habían hecho. Fue una época en que se investigó mucho, se publicó mucho, se formaron muchos de los nuevos cuadros académicos que ahora son los profesores establecidos en numerosas universidades en el país...

Saltando un poco, en la Universidad Anáhuac ya hubo un centro formal de investigación de la comunicación que tú dirigiste. ¿Qué diferencias hubo ahí?

■ La diferencia principal fue que la Universidad Anáhuac tenía una carrera de comunicación mucho más joven que la de la Iberoamericana. No tenía ni la historia ni el prestigio de la Ibero pero sí ambición, y también había personas como Ángel Sáiz y Luis Núñez, en ese entonces éste era estudiante, pero ya empezaba a integrarse en el cuadro directivo de la escuela, y María Luisa Muriel, aunque la figura central ahí fue Ángel Sáiz. Ángel tuvo lo que también tenía Cortina, que es una de las características que definen a un líder: por una parte una visión que lleva a formular un objetivo concreto y por otra la libido, la energía, la pasión para trabajar por conseguir ese objetivo. Y Ángel sabía que estaba en una universidad que no podía competir con la Ibero, pero lo importante era que la Anáhuac había decidido comprarle la idea a Ángel de hacer una carrera de comunicación que fuera la mejor de México, y la visión de Ángel era que para poder alcanzar ese objetivo había que formar un centro de investigación que hiciera dos cosas: por una parte dinamizar a toda la

escuela para que en las diversas cátedras se hiciera investigación, y por otra parte, que en el centro se hiciera investigación como tal y de ahí surgieran proyectos de tesis y estudios que se publicaran y que le dieran a la Universidad una proyección a través de esa vía.

Ángel se acercó a mí para que me fuera de la Ibero a la Anáhuac, y aunque al principio no le hice ningún caso, llegó un momento en que me hizo una oferta que realmente no podía rechazar, aun cuando lo hice con sentimientos mixtos, porque no era sólo el hecho de que me pudieran ofrecer un salario significativamente más alto; sino que me ofrecían unos recursos que la Ibero no me podía proporcionar. Entonces, en agosto del 75, me cambié a la Anáhuac y empecé a trabajar para desarrollar ese centro que tuvo la ventaja de contar con un grupo de estudiantes como Óscar Koslowski, Javier Elguea, Aurora Sanfeliz, Patricia Arriaga, que habían estado en la Ibero y se fueron conmigo a la Anáhuac, estudiantes que después llegaron a posiciones académicas o de investigación importantes, y que fueron una gran riqueza, porque permitieron lo mismo que se había podido hacer en la Ibero. Era gente muy capaz y trabajamos bastante.

De ahí también salió un "paquete" de investigaciones sobre televisión y niños...

■ Sí, sí, sobre usos y gratificaciones de la televisión, sobre cómo los niños usan la televisión, estudios de procesamiento de la información por parte de los niños que hizo sobre todo Patricia Arriaga; también se hicieron estudios sobre difusión de información. Fue una explosión de estudios bastante grande.

SOBRE EL MÉTODO DE TRABAJO

Me da la impresión, por los productos, de que había una forma especial de organizar a los estudiantes que hacían las tesis para que trabajaran programas de investigación amplios, a partir de equipos grandes enfocados en una sola línea...

■ Sí...

Y eso ¿qué tan difícil de sostener era?

■ No lo fue. Requería de energía y de mucha capacidad de organización y administración de proyectos, pero eso no es algo que no se pueda hacer, ciertamente no es nada que no haga una compañía comercial en el campo de la investigación de la opinión pública o de la investigación de mercados. De algunos de esos trabajos me encargaba yo de manera directa porque eran parte de mi propio proyecto de investigación; en otros tenía la enorme fortuna de contar con estudiantes motivados y capacitados y con una relación que siempre traté que fuera no de explotación, sino de conveniencia mutua. Ellos, al trabajar conmigo, tenían la oportunidad de lo que sería equivalente a una clase adicional, aprendían en la práctica y sabían que ahí tenían garantizado prácticamente el hacer una tesis probablemente buena. Sin esos recursos humanos ese proyecto habría sido imposible. En otros proyectos no intervenía yo en forma directa, pero se iban desprendiendo de los demás. A veces los proyectos empezaban en una clase, típicamente una clase de métodos de investigación; la coordinábamos con otra de teoría de comunicación o de televisión o lo que fuera, para que hubiera proyectos conjuntos en dos o tres clases, que permitieran que en lugar de un proyectito chico se hiciera un proyecto grandote, y cada quien enfatizaba en la clase, como ejemplo y como experiencia, la parte correspondiente, la parte de teoría o la parte de metodología; y esos proyectos frecuentemente tenían vida propia: al acabar la clase seguían hasta terminar en tesis o en otro tipo de proyecto.

Me parece que esta forma de trabajar con estudiantes para hacer tesis en equipo, como un programa, no se ha repetido, no se ha vuelto a dar en otros lugares. Esa relación entre un centro de investigación, unos pocos investigadores...

...Y equipos de estudiantes que entran determinado tiempo a esa dinámica a aprender y producir; yo creo que no se ha vuelto a dar, no sé si tú conozcas una experiencia después...

■ No la conozco, pero más bien creo que es por ignorancia mía. Tampoco podría decir que me he puesto a buscar ese tipo de experiencias, pero no, no creo que se haya dado, no he visto esa manifestación, y no sé por qué, porque lo que pudimos hacer en aquella época en la Ibero y después en la Anáhuac, esa formación de equipos, creo que es un modelo que no es demasiado complicado como para hacerlo. ¿Por qué no se ha hecho en otros lugares? No sé. Pero sí es una cosa que yo he continuado haciendo posteriormente en la Universidad de Ohio, y me sigue resultando muy gratificante la habilidad que tengo para ampliar lo que sería una capacidad normal de hacer investigación por la forma de constituir equipos. La regla de oro para formar ese tipo de equipos, es que la relación no sea de explotación o de abuso, que es un modelo que he visto en algunas otras instituciones cuando el profesor inicia un proyecto: se consigue a varios estudiantes para que trabajen con él, y se queda con todo el crédito, incluyendo a veces la autoría de trabajos que han sido realmente escritos por los estudiantes.

A fines de los setenta en México te dedicaste también a hacer investigación por encargo. Tenías tu propio despacho, ¿Comcorsa se llamaba?

■ Exacto.

Y te dedicabas a esa otra veta comercial de la investigación, además de la académica ¿Cómo integrabas en tu desarrollo profesional esos dos frentes que aparentemente son contradictorios?

■ Una motivación para dedicarme a la investigación comercial y a la consultoría obviamente fue que generaban ingresos adicionales que eran atractivos sobre todo cuando estás empezando una familia, y quieres construirte una casa, y te das cuenta de que necesitas más que un sueldo de profesor. Eso fue una razón muy concreta. Una segunda razón fue que la experiencia extraacadémica contribuye a destruir esa tendencia a crear torres de marfil y mundos utópicos que a veces hacemos en la academia. El principio casi siempre es: "si quieres

ser exitoso acaba tu proyecto a tiempo y por debajo del presupuesto y vas a tener muchos más clientes". Entonces aprendes a trabajar de una forma más eficiente. Aprendes también a trabajar en el mundo real y a evitar lo que después se empezó a dar en México y en otros lugares, cuando vino una generación de profesores que fueron académicos desde siempre. Fueron de la primaria a la secundaria, de la preparatoria a la universidad, luego al posgrado y así a dar clases toda la vida. En parte a eso me refiero con lo de la ideologización y politización excesiva de la universidad, que tuvo que ver con muchas otras cosas pero en parte también con una generación de profesores que, como tendencia, no habían tenido experiencia extraacadémica en su vida. Inclusive ahí entra la duda de si hay una especie de relación edípica entre la Madre Academia y el trabajo, porque no me puedo mover en el mundo no académico. Eso en sí tal vez no sea problema; lo que sí es un problema es que si tu visión es nada más académica realmente corres el peligro de ser un profesor muy malo, porque vas a dar clases estupendas en lo conceptual, pero inútiles en lo práctico. O clases que no tienen que ver con lo que realmente sucede en las organizaciones, en las empresas, en el mundo comercial o en el mundo del gobierno. O clases que son muy buenas para criticar y destruir modelos, ideas, paradigmas, pero no son muy buenas para construir algo en lugar de lo que has desbaratado. Yo sentí esa necesidad de entender ese mundo profesional, comercial, extrauniversitario. En ese sentido fue enriquecedor y una experiencia que, en retrospectiva, evaluo muy positivamente.

Ahora algunos colegas ven esa posibilidad de vender consultorías o investigación, sobre todo como un complemento económico, no tanto como una experiencia complementaria. En los setenta los salarios de los profesores no eran tan malos...

■ No, al contrario. Cuando yo acabé el doctorado y empecé a trabajar en la Ibero, en el 74, recuerdo muy bien que mi sueldo era de 12 mil pesos mensuales, que en aquella época

era mil dólares, y no sé cómo estén ahora, pero hace uno o dos años mil dólares mensuales era lo que ganaba el profesor de más alto rango en la Universidad Nacional, y eso no puede ser, que el profesor de más alto rango esté ganando ahora lo mismo que yo ganaba como principiante hace veinte años.

UNA MIRADA SOBRE EL PRESENTE

Por otra parte, a fines de los setenta, principios de los ochenta, había en el campo tensiones fuertes, conflictos entre personas, entre instituciones, entre proyectos académicos y políticos, y ahora, más de diez años después, parece no haber ese tipo de conflictos, de tensiones. ¿Tú cómo ves esta situación "desde afuera", brincándonos a la actualidad?

■ Haciendo ese brinco de principios de los ochenta a principios de los noventa, en esos diez años que han sido cruciales han cambiado muchas cosas. En primer lugar, las pasiones que había a mediados y fines de los setenta ya no existen. Y no creo que no existan en el sentido de que hayan desaparecido totalmente, sino que las circunstancias ambientales del sistema político nacional, que las fomentaron, han cambiado. La estructura política del país de la época de López Portillo a la época de Salinas, para bien o para mal, ha cambiado de una forma que hace quince años habría sido impensable. Son cambios asombrosos. También ha cambiado la situación porque en los setenta si tú eras profesor universitario podías pagar renta, comida y escuela de los hijos y por lo tanto podías dedicarte a tu labor académica o paraacadémica, cosa que en los ochenta y noventa, sobre todo en los noventa, ya no se puede hacer. También la generación de profesores que estaba en las universidades en los setenta era muy joven. Y yo creo que todos los que a los veinte, veinticinco, treinta años son muy revolucionarios o muy activos o muy dinámicos, veinte años después se van moderando un poco, ya no tienen la misma pasión o energía.

Veinte años de golpes después...

■ De golpes, además, por supuesto. Eso ha cambiado y han venido también generaciones nuevas muy distintas, que tienen un momento histórico muy diferente al que teníamos en aquella época, en todos los sentidos. Siento que lo que se potenció en los setenta no ha cristalizado hasta el punto en que a mí me hubiera gustado. En ese sentido sí veo una cierta frustración, una actitud como de decir que se podría haber hecho mucho más con lo que se estaba viendo como bases reales en aquella época. Lógicamente la situación económica, la "década perdida" de los ochenta, en lo económico, influyó mucho en eso. No se puede hacer investigación sin recursos, y las universidades cada vez han tenido menos y menos recursos. La cantidad de investigaciones que salían de aquella época o es mi ignorancia o simplemente no existe en la actualidad. Aunque creo que están empezando otra vez en distintos lugares. Ahora que doy este curso en la Ibero, estoy impresionado con el trabajo que se está haciendo. Es obvio que se está trabajando cada vez más, y la Ibero no es la única institución que lo hace: la Universidad de Guadalajara, el ITESO, la UNAM, ciertamente la UAM Xochimilco, con altas y bajas, van produciendo.

Sin embargo, la investigación se ha vuelto un poquito más "administrativa", mientras que anteriormente era mucho más crítica, y los proyectos son, a veces, por lo mismo, menos estimulantes, menos ambiciosos o mucho más concretos. A ese nivel diría que no se ha perdido todo y se siguen haciendo cosas importantes, pero me parece que se podría haber hecho más. La carrera de comunicación en el país ha madurado y esa sería una parte muy positiva; veo un cuerpo de profesores, de personas dedicadas al estudio, a la enseñanza, a la investigación de la comunicación en México, y entre ellas a muchas personas que merecen mi más absoluto respeto. Creo que en investigación se hace un trabajo muy serio por parte de un grupo, tal vez pequeño, pero sólido. Sin

embargo, en contrapartida a esto, lo que veo es que la calidad de los estudiantes en lugar de mejorar ha empeorado y tal vez esto no sea un reflejo de la docencia universitaria sino de las bases que vienen antes de la universidad. Siento que hay una cierta pérdida en algunas capacidades básicas: de análisis, de crítica, de síntesis, que el estudiante de los setenta venía un poco mejor preparado que el estudiante de los noventa. Si esto es cierto, sería un problema muy importante.

Detecto también un sentido de renunciar, cuando muchos profesores y muchos investigadores se han pasado los últimos veinte años o más tratando de cambiar el sistema y ese sistema no solamente no ha cambiado, sino que en la época del neoliberalismo social más bien parece que se han reforzado los modelos que se habían querido cambiar...

O sí cambió, pero para el otro lado...

■ Cambió para el otro lado, exactamente, y ahí puedo ver a personas que probablemente han de estar desencantadas con lo que está pasando porque la realidad no ha correspondido a los proyectos de investigación. Otra preocupación más es que en este momento se está a punto de dar un paso de consecuencias tal vez no del todo comprendidas por muchos, a lo mejor por nadie, que es lo del Tratado de Libre Comercio y la ulterior integración de México a un mercado norteamericano que va a incluir también un mercado de comunicación. Las consecuencias son serias y lo que me alarma es que no veo la preocupación o el trabajo de investigación sobre este problema, la preparación para esta nueva realidad. Y sobre todo cuando el antiguo enemigo, que parece que ha ganado la batalla, Televisa y compañía, sí ha visto muy bien las posibilidades y ahí están otra vez Azcárraga y compañía como nuevos codueños de Univisión en Estados Unidos, creando unos gigantescos estudios de producción y desarrollando el negocio de la comunicación de una forma que tiene repercusiones importantes. ①